

EN DEFENSA DE CASTELAR

Aun cuando bastante tarde (porque circunstancias especiales han impedido hacerlo antes) LA REPÚBLICA, cumpliendo con los deberes que le imponen su propia conciencia y los del partido de que es órgano oficial en la provincia de Cádiz, acude gustosísima y llena de entusiasmo á romper una lanza, en unión de todos sus compañeros de la prensa independiente, en favor del insigne gaditano señor Castelar, verbo de la democracia española, desacatado y escarnecido por asalariada turba de servidores de un orden de cosas, caduco y empobrecido á impulsos de errores, é inconcebibles condescendencias.

Solo le faltaba á la restauración para que su obra resultase aún más desventurada, el resucitar en los momentos actuales aquellos ominosos tiempos de reacción desenfrenada de 1865 y 66 en que era objeto de toda clase de persecuciones aquel inolvidable periodico titulado *La Democracia*, dirigido por el mismo Sr. Castelar; porque entonces, como ahora, dentro siempre de las formas corteses y de decoro periodístico, de que siempre ha dado ejemplo el insigne republicano, ha tenido el valor de descubrir un poco el velo, de lo que tanto conviene ocultar, á los que posponen al alto objetivo de la Patria, la democracia y la libertad, la existencia de ese orden de cosas,

á cuyo amparo medran, á costa de un país, cada día más desgraciado y anémico.

Ayer los Narvaez, González Bravo y Llorentes, ofuscados por su instintivo odio contra la democracia y su más genuino paladín el Sr. Castelar, gloria de España, temerosos de que las salvadoras ideas que este sustentaba y extendía con su mágica palabra, fueran penetrando cada vez más en el corazón del pueblo español, minando los cimientos de anticuadas instituciones, aunaron sus esfuerzos para despojarlo de la propiedad de su Cátedra de la Universidad Central y para procesarlo y reducirlo á polvo, si en efecto hubieran podido.

Pero, en medio del odio africano del Ministerio retrógado contra nuestro ilustre paisano, promovido más que todo, por la indomable energía de éste, desafiándole á que atentara contra la libertad y la propiedad de su cátedra ganada por oposición y escudada por todas las leyes, había más nobleza en el ataque y nada de ruindades en los procedimientos.

Era lucha en campo abierto, sin estocadas arteras, aun cuando con fuerzas terriblemente desiguales; como que los combatientes eran, un gobierno despótico en grado máximo y un ciudadano sin más armas que la justicia y la

razón, que no son de las que suelen salir victoriosas en las lides políticas de nuestro país.

Mucho hizo sufrir, en efecto, al gran demócrata gaditano aquel gobierno Narvaez-González-Llorente, de tan ingrata recordación, pero al hacerlo, nunca osó insultarlo ni menos escarnecerlo, como ha sucedido en la actualidad.

Esa gloria estaba reservada á los Rocas, Martínez Campos, Irineos y Capdepones, los cuales olvidándose lastimosamente de lo que son, y de quién es aquél á quien han ofendido, han dado el triste espectáculo ante el mundo civilizado de insultar al único español á quien ese mismo mundo civilizado rinde el culto que debe prestarse á los hombres que como él han logrado hacerse célebres, por patriotas honrados y dispensadores de grandes servicios á los países que tuvieron la suerte de contarles entre sus mas preclaros hijos.

Y todo porque el señor Castelar, en el perfecto uso de su indiscutible derecho, ha creído conveniente consignar, dentro siempre de la corrección más exquisita y sin nada atentatorio contra la consideración que se debe á una Señora, algo de lo que pasa en la actualidad, y que no debiera suceder en un país que como el nuestro está regido constitucionalmente.

Es decir, mucho menos de lo que todos los días están diciendo en todos los tonos muchos de los acérrimos defensores de la monarquía, incluso ese Sr. de la Roca, nuevo catallero de la Triste figura, que le ha salido á las instituciones, después de haber asestado contra ellas no hace mucho, con arma de Albacete, una puñalada mortal, con motivo de la consignación para la lista civil.

Cosa semejante, *frescura* á ésta comparable, no la habían oído ni visto los españoles en este siglo, en que tantas cosas desagradables hemos presenciado.

Pero sucede aquí otra cosa y es: que ese coro de inútiles cortesanos de la monarquía, incapaces para escudarla para los accidentes que puedan sobrevenir por cualquier acontecimiento desgraciado, tiemblan ante el único hombre que les hace sombra, y olvidando tal vez desinteresados consejos y saludables advertencias dadas en momentos supremos de

angustias para la patria, merced á un patriotismo, nunca bastante agradecido, tratan ahora de anularlo por cualquier medio que sea, aun cuando este resulte de lo más infame y vedado,

Pero esto no sucederá afortunadamente porque el país, que harto conoce á todos, no habrá de consentirlo, pese á quien pese.

Acumulen, pues, cuantos dieterios quieran contra la inmaculada personalidad del ilustre ex-presidente de la República española, todos esos asalariados defensores de una institución que agoniza en medio de prolongados estertores y no confíen para sostenerla, en la virtualidad de medios calomardinos, ni menos en soñadas dictaduras que no encajan en los actuales tiempos, y menos si estas resultan del género cómico, como habría de suceder si aquellas fueran ejercidas por personajes al estilo del fracasado general de Sagunto.

Desengañense los monárquicos; que todas esas injurias que hoy vomitan sobre la insigne personalidad del eminente y probado Republicano D. Emilio Castelar, hacen al país el mismo efecto que los esfuerzos y movimientos desordenados que hace el naufrago para asirse á cualquier tabla que le ofrece, remota esperanza de salvación.

No tema, pues, el gobierno; esten tranquilas las instituciones y no vean en cada frase del gran escritor, la roja silueta del fatídico anuncio Baltasarino; teman más bien á sus propios errores é nauditas torpezas, que son las que han de dar con ellas en tierra, sin que sean parte á evitarlo, todas las precauciones habidas y por haber.

Y terminamos, enviando en nombre de todos los republicanos de Cádiz, sin distinción de matices, á nuestro ilustre paisano el señor Castelar, la felicitación más entusiasta por sus declaraciones en la *Revue Internationale* y la más enérgica protesta por la inícuca campaña de que por aquellas viene siendo objeto, por parte de seupdo-políticos incapaces de concebir el patriotismo, abnegación y grandeza de alma de un hombre que, como dice magistralmente nuestro querido colega *El Liberal*, ha sabido imponer con rara habilidad á la restauración triunfante, los salvadores principios de una revolución vencida.

¡Honor, pues, al gaditano insigne, en nombre de la ciudad que tiene la honra de contarle como al primero y más eminente de todos sus hijos!

HORAS DE ANGUSTIA

De angustia, de horrible angustia son estos momentos para todo buen español.

¿Qué habrá sido de Manila? ¿Que de los españoles peninsulares que residen en la isla de Luzón?

El Ejército ha podido luchar, defender su vida, morir con gloria; pero ¿y la población civil? ¿Y, sobre todo, las esposas y los hijos de aquellos infortunados compatriotas?

Nos llenan de espanto los informes que de Hong-Kong llegan á Londres y París y de esas dos capitales son telegrafiados á Madrid. Nos llenan de espanto, porque ya no cabe el socorrido recurso de negar verdad á esas noticias, por ser de origen yanki.

De origen muy español son las que el general Augustí envía en su telegrama, y nada más aterrador, y con serlo mucho lo que dice, es más aún lo que dá á entender.

Aguinaldo, el cabecilla comprado por Primo de Rivera, logró sublevar la isla de Luzón el día prefijado.

Manila está incomunicada con todas las provincias y los rebeldes son dueños de Cavite, de Bacoór é Imus y amenazan por Bulacán, Laguna y Morong caer sobre la capital del Archipiélago.

Esa es la situación pintada por el capitán general, quien ya la califica de grave, confiesa que son muchas las deserciones en los batallones de indígenas, y termina su telegrama con estas afirmaciones: «la insurrección es potente, y si no cuento con apoyo país, no bastarán fuerzas de que dispongo para hacer frente á los dos enemigos».

Pues con ser todo lo que sabemos bastante para temblar por la suerte de los españoles que hay en Filipinas, todavía el gobierno oculta algo de lo comunicado por Augustí.

Ese algo puede ser el ataque á San Francisco de Balabón, y la rendición de los 500 peninsulares que lo guarnecían, quizás sea confirmaciones de las noticias de asesinatos cometidos por los rebeldes ó de los triunfos alcanzados por éstos, ó de cuanto relatan, en fin, los periódicos extranjeros.

Pero basta lo que nos dice el general Augustí para temblar por Manila. El día 3 fechó su telegrama ¿qué habrá sucedido desde entonces?

Tan desesperada es la situación que el único consuelo es esperar compasión del almirante de la escuadra yanki y protección de los comandantes de los barcos extranjeros anclados en la bahía de Manila.

Por tales vergüenzas y humillaciones nos hace pasar este maldito gobierno, contra el que no hay indignación que sea grande ni responsabilidad que no parezca pequeña.

Después de abandonar Manila á las fuerzas del comodoro Dewey, abandona ahora las vidas de los españoles á la generosidad de nuestro enemigo.

Jamás, se ha inferido á la nación afrenta tan grande, ni la nación ha tenido tanta humildad como hoy para soportarla.

En peligro Manila, amenazadas las vidas de muchos compatriotas, tal vez asesinados ya esos amigos,

esos hermanos nuestros, acaso tomada y saqueada ya la capital de Filipinas, la opinión como atontada por la magnitud del desastre, no se indigna, se limita como el rey moro después de la toma de Alhama, á exclamar llorosa y conpungida; ¡ay de Manila!

(El País)

NUESTRA ORGANIZACION

Don José Navarro Pino y Don José Gonzalez de Bustos, Secretario de la Junta Municipal de fusión republicana de esta Villa.

Certificamos: Que en el libro de astas que lleva la expresada Junta en el año actual se encuentra la que copiada literalmente dice así:

«Sesión de 13 de Febrero de 1898: En la Villa de Los Barrios á trece de Febrero de mil ochocientos noventa y ocho, siendo las ocho de la noche y previa las citaciones se reunieron los Sres. que componen la Junta interina de fusión republicana de este término municipal que al margen se expresan bajo la presidencia del Sr. Don Francisco Córdoba Custodio y con asistencia de los individuos que se encuentran inscritos en el censo de este Comité, al objeto de celebrar sesión, y abierta ésta, el Señor Presidente ordenó á uno de los Secretarios que diera lectura á la Circular de la Junta provincial, fecha veinte y ocho de Enero último, la cual se refiere á la formación de las Juntas municipales definitivas que han de funcionar durante todo el año actual.

Hecho saber por la Presidencia que si alguno de los concurrentes no había sido inscrito en el referido censo podía hacerlo antes de empezar la elección, pues sin dicho requisito no podían tomar parte en ella, según previene el artículo sexto de la expresada Circular que acaba de leerse, y una vez enterados, se dió principio á la votación que dió el resultado siguiente.

Número de electores: Ochenta y uno; papeletas leídas, ochenta y uno.

Representante para la Asamblea provincial, don José María Rioseco, ochenta y uno.—Don Francisco Córdoba Custodio, cincuenta.—Francisco de Cózar Ruiz, idem.—Juan Rodríguez Ferrer, id.—Pedro del Castillo Palomino, id.—Pablo Segobia de Córdoba, idem.—José Navarro Pino, id.—Miguel Pino Rodríguez, idem.—José Parra Gómez, idem.—José Gonzalez de Bustos, id.—Juan Amores Jurado, id.—Antonio Segobia de Córdoba, idem.—Manuel Oliva Rodríguez, idem.

Encontrándose dentro del local los Sres. elegidos se procedió á la elección de cargos para la constitución de la referida Junta siendo elegidos los Sres. siguientes:

Presidente.—D. Francisco Córdoba Custodio.—Vicespresidentes.—D. Francisco de Cózar Ruiz.—Juan Rodríguez Ferrer.—Tesorero.—D. Pablo Segobia de Córdoba.—Vocales.—D. Pedro del Castillo Palomino, Miguel Pencia Rodríguez.—José Parra Gómez.—Pedro Herrera Escalante.—Juan Amores Jurado.—Antonio Segobia de Córdoba.—Manuel Oliva Rodríguez.—Secretario, D. José Navarro Pino.—José Gonzalez de Busto.

Dichos Sres. tomaron posesión de sus referidos cargos, con lo que se dió por terminado el acto, mandando el Sr. Presidente se saquen de este acta dos copias certificadas las cuales se remitirán la primera á

la Junta provincial y la otra á D. José María Rioseco la cual le servirá de credencial para representar á esta Junta municipal en la Asamblea provincial para lo cual ha sido proclamado, dándose por terminado el acto que firma el Presidente con los demás ciudadanos electos no haciéndolo el Vocal D. Pedro Herrera Escalante por no saber de que nosotros los Secretarios certificamos, Francisco Córdoba.—Francisco Cózar.—Juan Rodríguez.—Pablo Segobia.—Pedro de Castillo.—Miguel Pencio.—José Parra.—Juan Amores.—Antonio Segobia.—Manuel Oliva.—José Navarro.—José Gonzalez.

Concuerda con su original á que nos referimos. Para que conste y remitir al Sr. Presidente de la Junta provincial, expedimos la presente con el V.º B.º del Sr. Presidente en Los Barrios á quince de Febrero de mil ochocientos noventa y ocho.—José Navarro.—José Gonzalez.

V.º B.º.—El Presidente, Francisco Córdoba.

¡¡COBARDES... COBARDES!!

Cuando en aguas de Cavite se hundieron nuestros barcos y un puñado de héroes, las trompetas de la fama... yankee pregonaron el gran triunfo (?) de las armas norteamericanas; se ascendió al jefe de su escuadra; el Congreso de Washigton á propuesta de Mac-Kinley envió un voto de gracia al comodoro Dewey...

Estaban en su centro y su lugar; los miserables felitaban al *valiente*; éste había vencido al indefenso.

Si el león español rugió de ira ante un hecho de tal naturaleza, y ante los aplausos con que en la guarida acogieron los ladrones la nueva del botín, ni se abatieron sus brios ni consideró una derrota tal *heroicidad*; que el león quedó acechando el momento para demostrar al mundo entero, que le sobra la fiereza y el valor y la arrogancia cuando están con nosotros el derecho y la razón.

Arquímides pedía un punto de apoyo para mover el mundo. El soldado español imita á Arquímides y mueve todo un mundo si le dan medios de defensa.

Hablen por nosotros Cuba y Puerto Rico.

Donde no tuvo más que cuatro barcos indefensos, donde las costas no estaban artilladas, donde la bahía estaba abandonada, allí fueron sin temor esos colosos; allí, allí donde no se les esperaba, donde no habían de ir, donde no les llamaba ese *sentimiento de humanidad* que les lanzó á la guerra, allí fueron á matar y á robar con la cobardía del ladrón y la sed de sangre de asesino...

Nos creen abatidos después de ese desastre y se dirigen á Cuba. Y á esa nación gigante, á esos acorazados con que ella cree asustar al mundo entero, un soldado español, pero con armas, con medios de defensa, representado en la lancha «Antonio López», les dice: «Aquí está España; ven y atrévete.» Y se atreven con ella esos acorazados; y esa simple lancha, con el corazón de España á un lado y el arma al otro, les obliga á retirarse.

Y van á Puerto Rico, y se ponen á honesta distancia de nuestras baterías, donde el fuego de las mismas no les alcance. Y en cuanto se acercan y les llega una bala á la coraza, huyen acobardados mar adentro á lavar su vergüenza con el agua del Atlántico.

Y van y vienen, sin valor para atacarnos cuando

presienten siquiera que no pueden afrontar el choque fuera de todo peligro. La salida á su encuentro de dos de nuestros guarda costas, es motivo bastante, como se ha visto en la Habana, para que huyan seis barcos armados por ese miserable enemigo.

Más vale así. Con sangre yankee ha empezado á colorearse el mar de las Antillas. Y en ellas, donde tenemos medios de defensa en las costas, armas en los fuertes, y soldados arrojados en los campos y poblados, allí les esperamos. Cuando suene la hora de la victoria decisiva, el mundo entero admirará una vez más, nuestra bravura por un lado; por otro, la ruindad de ese canalla.

Y no se impondrá el Canal de Panamá, sino otro mayor con el confin de Méjico, porque las Américas del Centro y Sur, desde aquella república á Magallanes, donde circula aún sangre española, no dan jamás la mano, á la vil, á la infame, á la mercenaria América del Norte.

(El Linarés)

CASTELAR

CONFIRMACION DE SU ACTITUD

Los periódicos de provincias insertan una *interview* de la Agencia Mencheta, en Sax, con el Sr. Castelar.

La trasladamos íntegra á nuestras columnas por la satisfacción que nos causa haber interpretado fidelísimamente las ideas del gran orador, en los pasados días.

«Personas llegadas de Sax y que hablaron con el Sr. Castelar, dicen que éste ha recibido gran número de telegramas y cartas, felicitándole por la conducta que ha seguido con motivo de la publicación de su artículo y protestando contra la actitud del Senado en este asunto.

Entre los que le han felicitado figura un senador y muchos amigos del Sr. Castelar, de Valencia, Barcelona, Madrid y otros puntos, en donde se proyectaba hacer manifestaciones de simpatía al insigne orador.

El Sr. Castelar ha aconsejado que desistan de hacer esas manifestaciones.

Cree el Sr. Castelar que el gobierno negocia la paz en condiciones que indignarán á España.

Ha recibido ofrecimientos de políticos y militares para que acaudille un partido, pero ha rechazado esos ofrecimientos, porque le quitaría autoridad y libertad para prestar su concurso personal cuando llegue el momento de que la Patria necesite de su concurso.

Lamenta que se haya visto el espíritu jacobino de su artículo, y que no se hayan visto las explicaciones claras que contenía para el porvenir y que han pasado desapercibidas.

Se alegra mucho el Sr. Castelar del movimiento de los republicanos, lo cual prueba que tiene fe en sus destinos.

Ha declarado que el mayor peligro de la situación actual no es la guerra extranjera y sus consecuencias, sino los carlistas, que se lanzarán al campo encendiendo la guerra, tremolando la bandera de la dignidad nacional.

Ha añadido que trabajan en este sentido y que procuran conquistar simpatías en el extranjero.

El Sr. Castelar dice que contra los carlistas, y con

objeto de exterminarles, deben unirse todos los liberales.

Muéstrase reservadísimo el Sr. Castelar acerca de la política que seguirá en el porvenir y respecto al concurso que pueda prestar á los futuros gobiernos.

Califica de tontería la suposición de que está unido políticamente á los Sres. Gamazo, Romero Robledo y general Weyler.

«Estos—ha dicho—son amigos míos, pero no me desviarán de la línea de conducta que me he trazado.

En las cuestiones económicas está hoy la mayor gravedad.

En resolverlas está la salvación.

Para poner en salvo la honra nacional necesitan-se estadistas enérgicos y tenaces más que éxitos militares.

El afán de cobijarnos al amparo de las potencias puede traernos graves daños y ningún provecho.

Una solución radical inmediata evitaría grandes perturbaciones que se nos avecinan.

La prórroga de las guerras en el exterior y en las colonias, la pobreza del país, la nulidad de los gobiernos, las influencias extrañas, las abdicaciones de los poderes parlamentarios y los demás males que nos agobian, forman el estado actual.

En Méjico y otras Repúblicas sudamericanas existen muchas simpatías hacia España, que el gobierno desaprovecha, entregándose á estériles lamentaciones.»

(De *El País*.)

S. M. EL HAMBRE

Mientras nuestros marinos caen gloriosamente en Filipinas, maldiciendo al caer el nombre de quienes los llevaron sin defensa al combate, amarrándolos con las cadenas del honor á cuatro barcos viejos, sobre cuyos cascos ha hecho á mansalva la escuadra yankee ejercicios de tiro; mientras el marqués de Cabriñana presenta en el Congreso una proposición para exigir responsabilidades á los ministros de la monarquía, proposición que ningún monárquico se atreve á suscribir, comprendiendo que la responsabilidad es de todos los representantes del sistema y que á todos *pro indiviso* corresponde; mientras se quiere adornar la catástrofe con laureles y satisfacer á los muertos con ditirambos y cubrir las culpas con el silencio; mientras esto ocurre, álzase enfrente de nosotros, despótico y terrible, con la boca abierta y los puños crispados, un dictador, á quien ni se satisface con laureles, ni se desagravia con discursos, ni se ahoga con silencios: S. M. el Hambre.

Ese caudillo trágico, que tiene la desesperación por guía y el calambre por banderín de enganche, se dispone á dar la batalla. No hay cuidado de que le falte ejército, no lo hay tampoco de que ese ejército flaquee ó le traicione. Cada entraña que se contrae inútilmente, buscando alimentos que esprimir, es un recluta; cada día en ayunas un estimulante, cada basca angustiosa un juramento de fidelidad. El tirano conoce el oficio; lleva á los hombres en pos de sí, no sujetos por el corazón, engarfiados por estómago, y si el corazón retrocede en sus entusiasmos, el estómago no retrocede en sus apetitos.

El entusiasmo puede extinguirse con la derrota; el hambre, no; el que pelea por la gloria, cuando es

vencido, capitula; el que pelea por la vida, apenas pierde una batalla, presenta otra más formidable.

S. M. el Hambre no lo ignora. Sabe que le basta presentarse para levantar sus legiones cubiertas de harapos. No necesita plan estratégico para conducir las. Les grita señalando á este ú otro sitio: «Ahí está el pan que os hace falta»; y hacia allí embisten los hambrientos con el ímpetu ciego de la fiera que ventea su presa, con la irresponsabilidad salvaje del animal que quiere comer.

Y S. M. el Hambre acaba de presentarse en España desplegando al aire su terrible bandera; sus soldados de siempre acuden presurosos al llamamiento.

¿De dónde solen? De todas partes. De los campos, donde el trabajo falta y el acaparador monopoliza el fruto; de las fábricas, que cierran sus puertas para recoger en silencio los últimos estertores de la industria; del fondo de las minas, empujados por la mano homicida del grisú; del taller que suspende sus construcciones; de la obra que paraliza su tarea; de los centros productores todos, porque esos centros productores no pueden mantenerse á sí propios y no pueden mantener á nadie.

De ahí salen, y azuzados por el hambre que crispas sus nervios, y oscurece sus entendimientos y petrifica sus corazones, saquean los almacenes, incendian los edificios públicos, destrozan las vías de comunicación, provocan sangrientos conflictos, y aterran, porque amenazan, y compadecen, porque suplican, y residencian al miedo cuando piden sangre y á la justicia cuando piden pan.

¡Horrible y doloroso espectáculo el de esos hombres y esas mujeres que profieren en diversos puntos de España á un tiempo, el mismo grito desesperado! ¡Horrible espectáculo el que ofrecen esas multitudes sin freno; horrible espectáculo el que presenta nuestra escuadra destruida en Manila, nuestras colonias asiáticas indefensas, nuestros barcos de guerra yendo y viniendo como el alma de Garibay, nuestros gobiernos sin saber qué hacer, y la opinión pública con una mordaza en la boca.

¡Horrible espectáculo, tristísimo espectáculo, perspectiva siniestra! El desastre fuera, la imprevisión en las alturas del poder, y el hambre enseñoreándose de España. Horrible espectáculo al que nos han traído, luego de manejar por espacio de veintitrés años las fuerzas, las energías y los recursos nacionales, los gobernantes españoles, esos gobernantes que ni se han preocupado de las reclamaciones del obrero, ni de los llamamientos de la industria, ni del empobrecimiento de la agricultura, ni de la defensa de las colonias, ni de los conflictos internacionales; que sólo se han ocupado en ir viviendo, en guerrear por la conquista del poder, y hoy recogen como resultante de su conducta una industria muerta, y una agricultura agonizante; la ignominia dentro y el descrédito fuera; un grito de horror ahogándose entre olas de sangre en la bahía de Manila, y un grito de hambre repercutiendo fatidicamente por todos los ámbitos de España.

Situación horrible, que no impedirá que España entera combata hasta derramar la última gota de sangre por la honra patria; pero que examinada, analizada, disecada con seriedad y expuesta con franqueza, trae á la memoria una frase de la Escritura, que, prescindiendo de tiempos y creencias, parece hecha ex profeso para los momentos actuales:

«Un viento abrasado, que venia de lo alto, sopló sobre la tierra.»

JOAQUIN DICENTA.

MIRANDO EL PORVENIR

«La revolución futura será económica ó no será.»

«Si nosotros no hacemos la revolución, la harán otros dentro de unos cuantos años, con caracteres peores para las clases pudientes.»

De labios de dos personas amigas oímos anteayer estas frases, que analizaremos por considerarlas de oportunidad y de gran interés para la política española.

Ya se nos alcanza que en ellas tiene participación los motines de carácter económico que se han realizado en varios puntos de España. Si aquellos tumultos fueron un acto desesperado del estómago sin intervención del cerebro, en verdad que no había para que tenerlos en cuenta, ni sobre ellos podría basarse hechos futuros. Pero creemos á esas revueltas hijas del hambre y de aspiraciones más ó menos vagas, las consideramos excelentes para poder formular las premisas al principio escritas.

Las clases conservadoras, sin conocimiento de la realidad, han dificultado la obra del progreso hasta el extremo de que hoy es casi imposible una revolución genuinamente política.

Sin comprender que el tiempo no pasa en vano, que lo que fué no será, ni lo que es ha de ser eternamente, se han empeñado en obstruir el paso á las reformas democráticas, que no son posibles en una monarquía, porque no hay modo de hermanar las prerrogativas del pueblo con las de la corona, y hoy la revolución económica alcanza casi á la política, gracias á los elementos que en Sagunto pusieron su brazo al servicio de los intereses vencidos en la revolución de Septiembre.

Lo que han logrado ó están á punto de lograr con esta táctica los reaccionarios, no es la muerte de la revolución política, sino unirla á la económica y hacer más sensibles los trastornos que es de ley sucedan con más ó menos violencia, según que los gobiernos adopten ó no las ideas que los hombres superiores primero y el pueblo después presentan por aspiraciones. Pero adoptándolas ó no, jamás lograrán impedir que imperen, aún logrando retardar el momento de su reinado.

Si un dique detiene en determinado punto una corriente de agua, cuando esta corriente logra vencer la resistencia, su fuerza es la suma de todas las energías allí acumuladas.

En la mecánica social sucede otro tanto.

El esfuerzo de las clases conservadoras podrá detener la revolución más ó menos tiempo, pero cuando ésta venga obrará como resultante de todas las energías evolutivas allí acumuladas por la fuerza de la reacción.

Así, pues, si se alcanza detener la marcha política hasta la llegada de las energías que han de realizar la revolución social, lo que la libertad pierda de tiempo lo ganará de fuerza, y entonces los efectos serán mayores y más formidable la sacudida que habrá de dar la sociedad española.

De manera que lo que á primera vista parece victoria de la monarquía y de los intereses que ella encarna, no es mas que un compás de espera que la revolución aprovecha para sumar energías y hacer en un momento y con suma violencia lo que de otro modo realizaría paulatinamente y con suavidad.

Las leyes del progreso no pueden eludirse.

Los que dirigen los pueblos pueden hacer que se manifiesten sin grandes trastornos sociales, no que

dejen de manifestarse, y si la revolución política no llega á tiempo, no por eso se evitará que llegue la social.

(Del Progreso)

LEY DE MORATORIAS

La situación á que se hallan reducidos el comercio y la industria, á causa de la elevación de los cambios internacionales, tiene hondamente preocupadas á las clases mercantiles.

Aunque los francos han descendido desde 115 á 81 por 100, nadie se hace ilusiones respecto á la duración de esta baja, que con fundamento se atribuye á que el Banco de España, teniendo en poder de sus corresponsales en el extranjero una reserva de cerca de 105.000.000 de pesetas, han suspendido por algún tiempo la compra de francos.

Según el balance de situación al 14 del corriente, dichas reservas han descendido á poco más de 97 millones de pesetas, ó lo que es lo mismo, el Banco ha dispuesto de 7.000.000 en el período que media entre el actual y el último balance.

A poco que sea necesario situar fondos en el extranjero, habrá que volver á comprar francos, y los cambios subirán de nuevo.

De cualquier modo, no hay razón alguna para esperar que el beneficio al papel llegue á un tipo soportable. Nadie cree ni puede creer, lógicamente pensando, que puedan los cambios ponerse á la altura que pide el interés mercantil.

Resulta de aquí que en la época de los vencimientos los comerciantes se vean en la imposibilidad material de cumplir sus compromisos. En muchos casos, los fabricantes y comisionistas, teniendo en cuenta el extraordinario desarrollo alcanzado por el agio, recogen las letras ó proveen de fondos á los librados para evitarles el protesto de las letras; pero ni todos hacen eso, ni puede el comerciante estar atendido á la buena voluntad de los libradores.

Algo se ha hablado de la conveniencia de establecer la peseta oro; es decir, la cotización oficial del valor de la peseta con relación al franco oro; pero esto ofrece muchas dificultades y peligros, porque habría de extenderse á todos los cobros.

Más conveniente y, sobre todo, más ajustada á la ley nos parece la idea de que se haga una ley de moratorias prevista, considerando llegado el caso previsto por el artículo 955 del Código de Comercio.

Según dicho artículo, en caso de guerra ó de epidemia, el Gobierno puede acordar en Consejo de ministros someter á las Cortes un proyecto de ley concediendo moratoria para el pago de las letras á su vencimiento durante un período determinado.

En este caso, las letras protestadas ó no satisfechas á su debido tiempo no darían lugar á ningún procedimiento ejecutivo, con lo cual los comerciantes podrían esperar á que mejoren los cambios y poder satisfacer sus obligaciones sin el enorme quebranto de los giros.

Es evidente que ya sea ésta, ya otra, hay que adoptar una resolución que evite la serie de fracasos mercantiles que amenaza, dado que, por su parte, los procedimientos que el Gobierno emplea han de servir para agravar cada vez más el problema.

RAZAS NORTEAMERICANAS

La gran masa de la población de los Estados Unidos es de raza europea, predominando la anglo-sajona.

En menor número figuran los negros y mestizos de blanco y negro, los americanos propiamente dichos, llamados «pieles rojas» y los chinos.

Por excesiva y continua emigración de blancos ó europeos, ha ido poblándose la Unión, á la vez que iba disminuyendo y replegándose al interior la raza cobriza americana.

Los españoles fueron los primeros que pusieron su planta en territorio de la moderna República, cuya ciudad más antigua es San Agustín. (1555).

En la Virginia y en una isla del estuario del James River se estableció la primera colonia inglesa en 1607.

En 1619 sólo había 600 blancos; mas pronto fueron llegando nuevos colonos, hombres y mujeres, todos ingleses, irlandeses y escoceses.

En 1620 fundáronse las colonias de Nueva Inglaterra, pobladas también en gran mayoría por gentes anglo-sajonas.

Las colonias de Nueva Amsterdam ofrecieron mayor mezcla, pues había en ellas holandeses, franceses, alemanes, italianos, etc.

A principios del siglo XVIII se establecieron muchos protestantes alemanes en la Pensylvania y también algunos colonos de origen sueco.

La primitiva población blanca del valle Missisipi fué francesa, que se mezcló con los indígenas y con los españoles de la Luisiana.

Al S. O. en Tejas, Nuevo Méjico, Arizona y California, hay muchos individuos de origen español, como los mejicanos.

En el presente siglo la emigración ha tomado proporciones colosales. En general puede afirmarse que los 415 de la población blanca de los Estados Unidos son anglo-americanos, con los cuales se han fundido las pequeñas colonias de distinto origen establecidas desde un principio en el país.

Los negros y mulatos forman la octava parte de la población. Proceden de los hombres de color que en otros tiempos se introdujeron como esclavos.

La adquisición de negros comenzó á cesar ya desde principios del siglo; pero el tráfico de esclavos entre los Estados de la Unión duró hasta que los negros se emanciparon á consecuencia de la guerra civil de 1861 á 1865.

La Marina Española

¡Qué tranquilo mar! ¡Qué bellas
las crepusculares brumas!
¡Qué rizadas las espumas,
y qué claras las estrellas!
Lejos de mí las querellas
de la triste humanidad;
más lejos la tempestad
de su combate sin calma,
recuerda tu orgen, alma:
¡ahí tienes la inmensidad!

Tiende tu vuelo agitado
sobre ese mar que murmura;
desgarra la niebla oscura
que sepulta lo pasado,

y si en su seno ignorado
descubres, con gozo intenso,
la historia española, pienso
que, de sus triunfos en pos,
sabrás por qué quiso Dios
¡hacer el mar tan inmenso!

¡Sí! Los laureles que encierra
el libro de nuestra historia,
ni caben en la memoria,
ni cupieron en la tierra;
sonaba, de airada guerra,
con ronco fragor el grito,
y con esfuerzo inaudito
pensó el español llenar
con sus hazañas el mar,
trasunto de lo infinito!

No había, á su cetro extraña,
ni una flor en la espesura,
ni una arena en la llanura,
ni una roca en la montaña;
todos los ecos ¡España!
repetían: libre y sola,
la augusta enseña española
daba sombra al mundo entero:
¡no faltaba al pueblo ibero
mas que un trono en cada ola!

Y para poderle alzar,
sigue de un hombre la idea
y, audaz y bravo, franquea
las turbulencias del mar:
consigue un mundo arrancar
al horizonte secreto,
y entre el oleaje inquieto
encuentra el bravo español
un lauro, un mundo y el sol,
á sus dominios sujeto!

Luego con esfuerzo santo,
hace volar sus bajeles
arrollando á los infieles
en las aguas de Lepanto;
allí lucha, y lucha tanto
que rasga el denso capuz
que envuelve la eterna luz
en apartadas regiones
y le dá, con sus pendones,
la libertad y la Cruz.

¿No basta? ¿existe un poder
que alce su frente sombría,
y pretende todavía
á la tierra conmover?
Allí está España, á vencer
ó á morir, en Trafalgar,
allí está para probar
que nunca el pueblo que es bravo,
tendrá cadenas de esclavo
mientras tenga fondo el mar.

Y en el Callao, cuando España
sólo recuerda su brío,
cuando ya su poderío
á lo que ha muerto acompaña:
cuando ya el sol que la baña

con trémulos rayos arde,
aún con poderoso alarde,
lanza desigual contienda,
no á quien su vida defiende
sino á quien su honor resguarde.

Miradlo allí sobre el puente
del barco que cabecea,
ved su vista que pasea
por el olaje hirviente;
escuchad su voz potente
que quiere la honra, mejor
que la vida y que el vapor
que en el mar sus rumbos traza,
¿le veis? pues veis nuestra raza,
¡idólatra de su honor!

Y siempre igual; donde quiera
que sus naves encamina,
allí la ilustre marina
hace inmortal su bandera;
la gloria, su prisionera,
por donde va la compañía,
y si de hazaña en hazaña
va volando mi memoria,
todo el libro de la Historia
será su historia en España!

¡Duerman en el hondo abismo
cuantos en él espiraron
y, al morir, un trono alzaron
al deber y al patriotismo!
El génio del heroísmo
no puede en la tierra estar
si no encuentra, al pelear,
como en nuestro fértil suelo,
¡por alcázar, todo el Cielo,
por sepulcro, todo el mar!

J. M. O. M.

MURMULLOS

Con objeto de que *La República* pueda responder á la importancia del partido, de que es órgano oficial en la provincia de Cádiz, deja de publicarse por algún tiempo, con el fin de que al ver de nuevo la luz pública pueda aparecer con aquellas mejoras que son indispensables á un periódico que ha de reflejar las aspiraciones de los valiosos elementos republicanos de nuestra localidad.

Dios haga que al reanudar *La República* sus tareas periodísticas, háyase despejado un tanto, el horizonte de nuestra querida patria, obscuro hoy como nunca, y amenazando por todas partes tristeza y desolación.

Enviamos la expresión de nuestro agradecimiento á nuestros estimados suscriptores, y nos despedimos de ellos, diciéndoles «Hasta luego»

Leemos con verdadera pena, en los periódicos de Madrid, que ha sido detenido por un teniente de la

guardia civil, nuestro estimado amigo y compañero, el director de *El Progreso*, D. Alejandro Lerroux.

No se conocen de un modo cierto los motivos de esta detención.

Parece que el Sr. Lerroux fué trasladado desde su casa á la capitanía general y de allí á las Prisiones militares.

Ayer tarde, á última hora, el director de *El Progreso* ingresó en la Cárcel Modelo.

Sentimos de corazón el percance ocurrido al ilustrado y valiente compañero, y hacemos votos porque muy pronto se decrete la libertad del Sr. Lerroux.

Pacotillas de Estrañi

Las hermosas gaditanas,
que siempre han sido barbianas
y más cuando algún tirano
con invasiones villanas
osó hollar el suelo hispano;
esas descendientes, esas,
que al tronar de los cañones
«con las granadas francesas
se hacían tirabuzones»,
con patriotismo exaltado
que debe ser alabado
de España en todo el recinto
una bandera han bordado
que lucirá el Carlos V.
Comprenderá el más miope
que no hay barco que le cope
ni que le haga sumergible.
¡Con tal bandera en el tope
ese barco es invencible!
No caerá sobre él un rayo,
ni quisiera de soslayo,
si algún ciclón le arremete,
¡Cuánta envidia á su tocayo
le va á tener Carlos Siete!
Barbianas de la ciudad
cuna de la libertad,
que ya no puede morir:
¡á don Carlos consolad
con un gorro de dormir!

LA REPÚBLICA

SEMANARIO POLÍTICO

VE LA LUZ LOS DÍAS 4, 11, 18 Y 25 DE CADA MES

Precios de suscripción

En Cádiz 1 pta. al mes
Fuera de la capital. 3 ptas. trimestre

PAGO ADELANTADO

número suelto 25 cénts.

Tipografía de Manuel Alvarez

JOSÉ R. DE SANTA CRUZ, 13